

**LÉON BLOY**

***Cuentos***

Los cautivos de Longjumeau.....	3
El fin de don Juan.....	6
Una mujer francotirador.....	9
«A terrible night».....	12
El salamandra vampiro.....	15

# *Los cautivos de Longjumeau*

*Les Captifs de Longjumeau*

El Postillón de Longjumeau anunciaba ayer el deplorable fin de los Fourmi. Esta hoja tan recomendable por la abundancia y por la calidad de su información, se perdía en conjeturas sobre las misteriosas causas de la desesperación que había precipitado al suicidio a esta pareja, considerada tan feliz.

Casados muy jóvenes, y despertando cada día a una nueva luna de miel, no habían salido de la ciudad ni un solo día.

Aliviados por previsión paterna de las inquietudes pecuniarias que suelen envenenar la vida conyugal, ampliamente provistos, al contrario, de lo requerido para endulzar un género de unión legítima, sin duda, pero poco conforme a ese afán de vicisitudes amorosas que impulsa al versátil ser humano, realizaban, a los ojos del mundo, el milagro de la ternura a perpetuidad.

Una hermosa tarde de mayo, el día que siguió a la caída del señor Thiers, aparecieron en el tren de circunvalación con sus padres, venidos para instalarlos en la propiedad deliciosa que albergaría su dicha.

Los longjumelianos de corazón puro contemplaron con enternecimiento a esta linda pareja, que el veterinario comparó sin titubear a Pablo y Virginia.

En efecto, ese día estaban muy bien y parecían niños pálidos de gran casa.

Maitre Piécu, el notario más importante de la región, les había adquirido, en las puertas de la ciudad, un nido de verdura, que los muertos hubieran envidiado. Pues hay que convenir que el jardín hacía pensar en un cementerio abandonado. Este aspecto no debió desagradarles, pues no hicieron, en lo sucesivo, ningún cambio y dejaron que las plantas crecieran a su arbitrio.

Para servirme de una expresión profundamente original de Maitre Piécu, vivieron en las nubes, sin ver casi a nadie, no por maldad o desprecio, sino, sencillamente, porque no se les ocurría.

Además, hubiera sido necesario soltarse por algunas horas o algunos minutos, interrumpir los éxtasis, y a fe mía, dada la brevedad de la vida, les faltaba el valor para ello. Uno de los hombres más grandes de la Edad Media, el maestro Juan Tauler, cuenta la historia de un ermitaño a quien un visitante inoportuno pidió un objeto que estaba en su celda. El ermitaño tuvo que entrar a buscar el objeto. Pero al entrar olvidó cuál era, pues la imagen de las cosas exteriores no podía grabarse en su mente. Salió pues y rogó al visitante le repitiera lo que deseaba. Este renovó el pedido. El solitario volvió a entrar, pero antes de tomar el objeto, ya había olvidado cuál era. Después de muchas tentativas, se vio obligado a decir al importuno.

-Entre y busque usted mismo lo que desea, pues yo no puedo conservar su imagen lo bastante para hacer lo que me pide.

Con frecuencia, el señor y la señora Fourmi me han hecho pensar en el ermitaño. Hubieran dado gustosos todo lo que se les pidiera si lo hubieran recordado un solo instante.

Sus distracciones eran célebres y se comentaban hasta en Corbeil. Sin embargo, esto no parecía afectarlos, y la funesta resolución que ha concluido con sus vidas tan generalmente envidiadas tiene que parecer inexplicable.

Una carta ya antigua de ese desdichado Fourmi, a quien conocí de soltero, me ha permitido reconstruir, por inducción, toda su lamentable historia.

He aquí la carta. Se verá, quizá, que mi amigo no era ni un loco, ni un imbécil.

"... Por décima o vigésima vez, querido amigo, faltamos a nuestra palabra, infamemente. Por paciente que seas, supongo que ya estarás harto de invitarnos. La verdad es que esta última vez, como las anteriores, no tenemos excusa, mi mujer y yo. Te habíamos escrito que contaras con nosotros y no teníamos absolutamente nada que hacer. Sin embargo, hemos perdido el tren, como siempre.

"Hace quince años que perdemos todos los trenes y todos los vehículos públicos, hagamos lo que hagamos. Es horriblemente estúpido, es de un atroz ridículo, pero empiezo a creer que el mal no tiene remedio. Somos víctimas de una grotesca fatalidad. Todo es inútil. Para alcanzar el tren de las ocho, por ejemplo, hemos ensayado levantarnos a las tres de la mañana, y hasta pasar la noche en vela. Y bien, amigo mío, en el último momento, se incendiaba la chimenea, a medio camino se me recalcaba un pie, el vestido de Julieta se enganchaba en alguna zarza, nos quedábamos dormidos en la sala de espera, sin que ni la llegada del tren ni los gritos del empleado nos despertaran a tiempo, etcétera, etcétera... La última vez olvidé mi portamonedas. En fin, te repito, hace quince años que esto dura y siento que ahí está nuestro principio de muerte. Por esa causa tú lo sabes, todo lo he malogrado, me he disgustado con todo el mundo, paso por un monstruo de egoísmo, y mi pobre Julieta se ve envuelta, claro está, en la misma reprobación. Desde nuestra llegada a este lugar maldito, hemos faltado a setenta y cuatro entierros, a doce casamientos, a treinta bautismos, a un millar de visitas o diligencias indispensables. He dejado que reventara mi suegra sin volver a verla ni una sola vez, aunque estuvo enferma cerca de un año, cosa que nos privó de tres cuartas partes de su herencia, que nos escamoteó furiosa, en un codicilo, la víspera de su muerte.

"No acabaría con la enumeración de las torpezas y de los fracasos ocasionados por la circunstancia increíble de que jamás pudimos alejarnos de Longjumeau. Para decirlo en una palabra, somos cautivos, ya sin esperanza, y vemos acercarse el momento en que esta condición de galeotes se nos hará insoportable..."

Suprimo el resto en que mi pobre amigo me confiaba cosas demasiado íntimas. Pero doy mi palabra de honor, de que no era un hombre vulgar, de que fue digno de la adoración de su mujer y de que esos dos seres merecerían algo mejor que acabar estúpida e indeciblemente como han acabado.

Ciertas particularidades que me permito reservar me sugieren la idea de que la infortunada pareja era realmente víctima de una maquinación tenebrosa del Enemigo del hombre, que los condujo, por medio de un notario evidentemente infernal, a ese rincón maléfico de Longjumeau de donde no ha habido poder humano que los arranque. Creo, en verdad, que no podían huir, que había alrededor de su morada un cordón de tropas invisibles, cuidadosamente elegidas para sitiarnos, contra las cuales era inútil toda energía.

El signo, para mí, de una influencia diabólica es que los Fourmi vivían devorados por la pasión de los viajes. Esos cautivos eran, por naturaleza, esencialmente migratorios.

Antes de unirse, habían tenido la sed de rodar tierras. Cuando no eran más que novios, fueron vistos en Enghien, en Choisy-le-Roi, en Meudon, en Clamart, en Montre-tout. Un día alcanzaron hasta Saint-Germain.

En Longjumeau, que les parecía una isla de Oceanía, esta rabia de exploraciones audaces, de aventuras por mar y tierra, se había exasperado.

Su casa estaba abarrotada de globos terráqueos y de planisferios, de atlas ingleses y de atlas germánicos. Hasta tenían un mapa de la luna publicado por Gotha bajo la dirección de un botarate llamado Justus Perthes.

Cuando no se entregaban al amor, leían juntos historias de navegantes célebres, libros exclusivos de esa biblioteca; no había diario de viajes, Tour du Monde o boletín de sociedad geográfica, del que no fueran suscritores. Llovían en la casa, sin intermitencia, las guías de ferrocarril y los prospectos de las agencias marítimas.

Cosa increíble, sus baúles estaban siempre listos. Siempre estuvieron a punto de partir, de realizar un viaje interminable a los países más lejanos, más peligrosos o más inexplorados.

He recibido como cuarenta telegramas anunciándome su partida inminente para Borneo, la Tierra del Fuego, Nueva Zelanda o Groenlandia.

Muchas veces, en efecto, estuvieron a un ápice de la partida. Pero el hecho es que no partían, que no partieron jamás porque no podían y no debían partir. Los átomos y las moléculas se coaligaban para sujetarlos.

Un día, sin embargo, hará diez años, creyeron escapar. Habían conseguido, contra toda esperanza, meterse en un vagón de primera clase que los conduciría a Versalles. ¡Libertad! Ahí, sin duda, se rompería el círculo mágico.

El tren se puso en marcha, pero ellos no se movían. Se habían ubicado, naturalmente, en un coche destinado a quedar en la estación. Había que volver a empezar. El único viaje que debían lograr era evidentemente el que acababan de emprender, ay de mí, y su carácter, que conozco tan bien, me induce a creer que lo prepararon temblando.

# *El fin de don Juan*

*La Fin de Don Juan*

*Sienta bien conversar con un hombre  
que solo tiene una cabeza.*

JULES VALLÈS

-Y el miserable ha muerto lleno de bienes, tal y como ha vivido. No ha tenido ni siquiera la excusa de ser un disipado, un prodigio. Era, dicen, el primero en el mundo en colocar provechosamente su capital. Para, en definitiva, no haber muerto de enfermedad alguna, en plena posesión de sí mismo, a pesar de su vejez, como un patriarca ante el diluvio. Esto me parece algo fuerte. Sin exigir “el dedo de Dios”, asiduamente, como un colegial amamantado por curas buenos, sería deseable que, de cualquier manera y en honor a la justicia, la agonía de ese malhechor hubiera sido menos dulce.

Así hablaba un hombre sin malicia que ofuscaba la gloria insolente del marqués de la Torre de Pisa.

Ese personaje demasiado conocido acababa de expirar. Durante mucho tiempo lo habían creído eterno. Nacido en la Inglaterra jovial, desde el comienzo de la emigración, cuando Luis XVI tenía todavía la cabeza sobre los hombros, un rumor público lo llamaba joven galán incluso cuando era casi un noventón. Prodigio de poca veracidad, sin duda, pero que era acreditado por el entusiasmo de algunos discípulos medrosos que ya habían pasado los sesenta.

El hecho es que el marqués Héctor de la Torre de Pisa deslumbraba como una custodia. Parecía indiscutible que antaño las reinas se murieran de amor “cuando entraban en sus aposentos” y que todo un regimiento de Ariadnas sollozaba por él.

Hacia ya mucho tiempo, antes de que el célebre Beauvívier que nos confortase, había sabido vender su persona y hasta ponerle acciones. De ahí su opulencia. Hasta sus últimos días, se vio a las familias más altivas pagar muy caro los cupones de su alcoba...

Tal era al menos la leyenda universalmente aceptada de este rompecorazones, cuyos botones de los calzones, elevados como pendientes de señora, son considerados en la actualidad como joyas inestimables.

-Mi querido señor -respondió la Partera-, usted no se ha enterado de nada. No asistí la muerte de ese truhán, pero le puedo asegurar que jamás existió un Ixion castigado con mayor crueldad. Imagine lo que quiera, usted no llegará jamás a ese horror. Conque siéntese sobre el feto que le tiende los brazos y présteme atención. Esta mañana tengo un humor narrativo.

\*\*\*

El marqués Héctor era un hombre hermoso, es cierto, y tenía toda la pinta de un gran señor. Los que lo envidiaban no han podido negarlo nunca. Era tan diferente de la multitud, que tan pronto como aparecía, todo el mundo parecía asemejarle.

El podría hacerse ver en público por dinero, como un auténtico monstruo. Se contentaba con dejarse ver en particular por sumas considerables que, por otra parte, invertía con extremo cuidado en las empresas más serias. Se conoce su disposición de especulador, que manifestaba en medio de las mayores complicaciones.

Pero todo esto tiene poco interés. En una época donde todos los hombres casi sin excepción, estaban en la calle, el puterío de ese caballero y las aptitudes financieras que lo acompañaban no tienen nada de inaudito. Las dos cosas hacían un buen conjunto.

Prefiero ofrecerle, y es un horror difícilmente imaginable lo que le he prometido, ¿no es cierto? Si sus ansias de expiación no se apaciguan, después de mi relato, no creo que nada sea capaz de apaciguarlas.

Y, antes de nada, ¿sabe usted lo que él tenía que expiar? No. Usted cree, como recién llegado, en la existencia más o menos odiosa de un vampiro ocupado exclusivamente en sus infamias, perdiendo casi un siglo, durante el cual fluyendo cual arroyo de putrefacción, y no miraba nunca la cara de los que penaban y sufrían. Un punto de vista banal como un sermón, mi digno señor. Se trata de algo distinto, de algo de gran primor.

Sin duda, usted me honra creyendo que yo me desentiendo del secreto profesional, como debe hacer toda partera, de primera clase, bien entendido. Dejemos eso a los médicos que la mayor parte del tiempo, no tienen otra manera de evitar la trena.

¡Y bien! yo fui una criada de Héctor el hermoso, que estuvo casado dos veces y que asesinó por lo menos a una de sus esposas, sin necesidad de que yo le ayudase en tal faena. Funcionaba solo fascinantemente y no necesitaba a nadie.

Yo he asistido como una completa estúpida al parto de su primera, diez años después al de su segunda, hacia el fin del reinado de Luis Felipe, como había asistido al de porteras y mujeres públicas. El marqués había querido estar a solas conmigo en ambas circunstancias.

La primera vez nos llevamos una especie de palanca sin ojos ni boca, que tenía, a modo de nariz, una especie de membrana flácida y colgante que no le describiré, hombre impresionable... La Torre de Pisa, provisto de la sangre fría de los muertos, se apoderó de aquel aborto antes de que yo me pudiera oponer y lo ofreció a los besos de la madre que murió dos horas después.

El segundo hijo del marqués tenía dos cabezas sobre un huso a modo de cuerpo, casi sin piernas ni brazos, se trataba de otra edición de la misma imagen.

Esta vez, la parturienta no pudo ver nada. Enrollé en mi delantal la pequeña abominación y me precipité fuera del cuarto. De esta manera dejé de trabajar para el noble señor, aunque yo ha había adivinado muchas cosas, y más tarde, me enteré de otras...

\*\*\*

-Usted se habrá persuadido ahora -prosiguió la terrible partera bajando la voz de manera extraña- que acabo de contarle Crimen y Castigo. Ya se detiene la fibra broncínea de su implacable justicia, como se detendrían las cuerdas de una guitarra en la que treinta perros hubieran meado. Ahora bien, usted comprende menos que nunca, ¿me oye?

En nuestro oficio, estamos en la boca de la cloaca, y vemos salir tales cosas que, a la larga, es difícil de sorprenderse. Sin embargo, señor, el hombre del que hablamos me ha sorprendido y me sorprende todavía, hasta asustarme.

Si no hubiese tenido eso que usted acaba de oír, ese hombre no sería otra cosa que, en definitiva, un horrible canalla más en la multitud de canallas y no merecería siquiera que se le mencionara. Pero se lo repito, es otra cosa, y el castigo le hará temblar si usted fuera capaz de comprenderlo.

Se ha dado cuenta de la extraña identidad del fenómeno monstruoso, que se reproduce, con diez años de diferencia, con dos esposas legítimas, casadas por dinero, ¿es eso evidente? Estoy convencida de que la experiencia daría indefinidamente el mismo resultado.

Para decirlo claro, el marqués era un IDÓLATRA, un idólatra ferviente y riguroso, creado interiormente a la semejanza de su Dios y que no podía hacer otra cosa que reproducirla externamente en sus tentativas de procreación.

Él adoraba de sí mismo, con una oratoria misteriosamente iluminada, esa parte de su cuerpo que los sacerdotes de Cibele's antaño tanto honoraban. Había mandado hacerle un molde a un obrero muy hábil y el objeto expuesto en una especie de tabernáculo, recibía, cada día, las obsecraciones de este coribante que los mundanos creían un vividor, -tal y como las

necias del internado se habían tragado aquello de que el budista Charcot era médico. No se sabrá jamás la cantidad de personas que son algo distinto de lo que fueron a los ojos de sus contemporáneos.

Éste fue, señor, su verdadero crimen, el atentado supremo para aquellos que saben y para aquellos que veían en la profundidad. De aquí deriva el resto.

He aquí la expiación, que duró diez años, hasta la víspera de su muerte.

Cada noche, un anciano muy grande y de muy buen ver al que los más orgullosos hubieran querido y que ahora conocían todas las meretrices, era atraído invariablemente desde la sombra, a última hora del puterío.

Se conocían sus gustos y se entablaba el diálogo, lo más grosero posible de parte de la mujer, totalmente humilde de su parte, puesto que él ansiaba hacerse el cliente sucio consumido de inevitables deseos.

Al cabo de algunos minutos medidos por un cronómetro infalible, se entendían naturalmente.

Entonces la mujer, que se apoyaba en la pared le tendía alternativamente uno y otro pie, y el octogenario se revolcaba por el suelo, – el tiempo que le llevaba – chupando, mientras rugía de éxtasis, la suela de sus botines.

Tal fue la última exigencia del pequeño Dios de ese triunfador al que tres generaciones de imbéciles igualaron a Don Juan.



# *Una mujer francotirador*

*Une femme franc-tireur*

*A Maurice Leblanc*

Esta aventura, lo sé muy bien, es poco verosímil. ¿Pero qué puedo hacer? La guerra franco-alemana es en sí un caos de inverosimilitudes. Se sabrá más tarde, cuando determinadas bocas que se creían de hierro o de bronce, sean completamente despegadas por la muerte. Hay algunos entre los que parecen vivir aún, cuyo testimonio o cuya confesión más débilmente susurrada haría levantarse las piedras sepulcrales y saltar los pavimentos de todos los caminos de Francia. La confesión de Bismarck, por la que hace seis meses todo el mundo se sintió aterrizado, no es nada más que el pródromo de otras muchas confesiones que tal vez no esperen a que acabe el siglo... Podría nombrarse fácilmente a cuarenta individuos que deben leer con ojos singulares las actuales leyendas de esta guerra única en su género, de la que se ocultaron todos los resortes. Imagino que algunos de esos personajes, a los que se les habría podido obligar a hablar calzándole borceguíes rojos, dejarán al menos un puñado de documentos auténticos cuyo lugar está marcado por anticipado en la historia de las sorpresas humanas.

La guerra de 1870 es probablemente la única en la que todas las faltas fueron cometidas por todo el mundo sin excepción, y en ambos bandos a la vez. Hoy ya no está permitido ignorar que, hasta el final, los alemanes estuvieron tan sorprendidos por sus victorias como los franceses consternados por sus derrotas. Hasta después de Sedán, hasta después de Metz y hasta la decisiva batalla de Le Mans, Alemania tembló, Alemania tuvo miedo al sentirse en medio de una nación tan superior de la que podía surgir de repente UN HOMBRE.

Por lo que, durante el tiempo en que pudo aparecer un ejército al otro lado del Loira, los jefes alemanes más audaces y más hábiles se sintieron en peligro pese a todo, y estuvieron siempre dispuestos a desgarrar precipitadamente con sus espuelas los flancos palpitantes de sus caballos de triunfadores. ¡Ah! si lo que llaman tontamente Fortuna hubiera querido suscitar entonces uno de esos «pequeños galos» —como decía el Canciller— invisibles a pleno sol a fuerza de insignificancia, pero cuyo alma está afilada en el rayo y que la tempestad encaperuza a veces de repente con melena de fuego, ¡qué sublime cacería de ochocientos mil vencedores desatinados!

El inmenso pánico, como un ciclón venido desde el profundo Mediodía, concentrando giratoriamente la invasión en torno a París, habría arrojado de inmediato al Olimpo de Versalles contra Manteuffel, a Frédéric-Charles contra Werder, a Mecklembourg contra Flaskenstein y a Von der Tann contra el príncipe real de Sajonia, en un infinito desorden. ¡Virada inaudita de la derrota francesa con la que el universo habría estallado de admiración! Pero para ello habría sido necesario que los bárbaros vislumbraran, aunque sólo fuera un minuto, el Alma de Francia, y eso es lo que Dios no permitió, porque no había llegado la hora, porque es un alma preciosa de la que Él está celoso, y porque en el Libro de su Palabra se recomienda no ofrecer perlas a los cerdos.

En consecuencia, todo el mundo cometió disparates incomparables. Los generales franceses dejaron escapar todas las ocasiones de victoria, y los generales alemanes no dejaron escapar ninguna ocasión de deshonar inmortalmente su patria. Pero los unos y los otros parecieron siempre disimular celosamente el principio de su demencia de vencedores o de su vértigo de vencidos, hasta el punto de que uno sentiría la tentación de suponer el más

imposible acuerdo y que esta historia parece por completo indescifrable cuando uno intenta analizarla en profundidad.

Era inevitable pues que un desorden tan sobrenatural de las prácticas exteriores de la Providencia tuviera por corolario un desplazamiento universal de las costumbres o de las convenciones y nosotros no pensáramos en absoluto en sorprendernos de la presencia entre nosotros de una auténtica mujer con ropa de francotirador.

Habría sido peligroso faltarle al respeto. Al principio alguien lo había intentado. Pero ese alguien había recibido tal meneo que había sido necesario remendarlo. Era una chica del campo, alta y robusta, superior a muchos hombres en fuerza. Sin belleza, pero muy expresiva y siempre agradable de ver. Como no tenía las curvas propias de su sexo, la ropa masculina le iba admirablemente y los despistados o los miopes la tomaron con frecuencia por un auténtico soldado. Sobra decir, por supuesto, que su nombre no había sido inscrito en ningún libro de registro, que no había respondido a ningún reclutamiento y que estaba ampliamente dispensada de cualquier tipo de servicio. Pero contaba al menos por un soldado, por un soldado valiente y respondía al nombre de Jacques Maillart, que era el de su novio que había sido embadurnado de petróleo y quemado vivo en su casa de Lailly, el pueblo cercano a Beaugency, del que los bávaros no dejaron en noviembre sino las ruinas calcinadas.

La historia es de lo más simple. Ocurrió que un día, cuando perseguíamos a los ulanos, un disparo salido de un matorral a cien pasos de nosotros, había derribado a uno de los que huían y que sus compañeros perseguidos muy de cerca se habían visto obligados, en contra de su costumbre, a abandonar medio muerto.

Inmediatamente vimos salir de entre los arbustos a un joven campesino armado con un fusil que avanzaba hacia nosotros.

—Te felicito, amigo mío —le dijo el comandante—, ha sido un tiro soberbio. ¿Cómo te llamas?

—Jacques Maillart.

—¿Eres de la zona?

—No exactamente, señor oficial. Soy de Lailly, del cantón de Beaugency.

—¿Lailly? ¿No es ése el pueblo que quemaron estos bandidos? Lo vimos hace unos días ¡Ah! ¡pobre muchacho!

Al oír estas últimas palabras, algo oscuro había pasado por el rostro del desconocido al mismo tiempo que subía de su garganta un ruido semejante al comienzo de un sollozo.

—¿Qué haces pues por aquí? —añadió el comandante.

—Ya ve, cazo prusianos como ustedes.

—¡Ah! ¿Eres francotirador?

—Sí, señor, desde hace un mes.

—¡Muy bien! ¿A qué compañía perteneces?

—A la suya, si usted quiere admitirme.

—Pero, comandante —dijo entonces un oficial atento a la conversación— ¿no ve usted que este individuo es una mujer?

Tuvo que dar explicaciones, y esto es lo que el viejo comandante supo:

La joven, a punto de casarse, vivía ya en casa de su prometido cuando los prusianos llegaron un día de forma súbita. Uno de ellos, un teniente de húsares, excitado sin duda por la cabalgada de la mañana, al encontrarla sola, había intentado violarla. Para su desgracia, había topado con una de las chicas más fuertes y la innoble lucha habría terminado probablemente con la derrota del agresor. La aparición de Jacques, que acudió al escuchar los gritos, hizo que el prusiano se retirara retrocediendo, con los ojos fuera de las órbitas y protegido por la punta de su sable.

El infortunado protector, sabiendo muy bien que una violencia directa atraería de inmediato sobre su novia y sobre el pueblo entero la cólera, logró contenerse todo el día.

Pero, a la mañana siguiente, alguien encontró en un lugar apartado el cuerpo del teniente cosido a puñaladas. Naturalmente, la pareja de enamorados había desaparecido. Aquellas dos personas vivieron unas tres semanas en el bosque la terrible existencia de los proscritos, de los cazadores furtivos al acecho del hombre.

Jacques, enrabiado a partir de entonces, logró abatir dos o tres centinelas de caballería e incluso regaló a su compañera, que disparaba tan bien como él, un excelente fusil prusiano. Una imprudencia demasiado grande lo puso finalmente en manos de media docena de soldados de caballería que lo llevaron a Lailly el día mismo en que habían decidido incendiar el infortunado pueblo. Fue reconocido como el asesino del teniente y le dieron la muerte más horrorosa que encontraron.

La joven, alejada de él en el momento del ataque y que no había podido socorrerlo, decidió sobrevivirle y, sintiendo en sí un corazón de hombre, llamando y atrayendo hacia ella todo el alma del difunto, concibió y realizó el proyecto de unirse al primer grupo de voluntarios que aceptara su incorporación.

Durante dos meses, los dos largos meses del final, ofreció el espectáculo más sorprendente y más sencillo. Aquella chica que se había rasurado personalmente la cabeza al no tener ninguna otra forma de expresar su duelo, que parecía haber olvidado su sexo y en la que todo, incluso la voz, se había hecho masculino, se condujo todo el tiempo que duró la guerra con un valor sereno que ningún sufrimiento interior o exterior pudo aminorar.

Los que la conocieron no recuerdan haberla visto reír. No aceptaba conversar con nadie, pasaba días enteros sin pronunciar palabra. Pero no era dura con ninguno de nosotros y su instinto femenino se revelaba en el sentido en que desplegaba una incomparable solicitud con nuestros heridos. Una docena al menos de los que aún viven, fueron salvados por ella.

Esta criatura debía tener en el alma todos los resortes del amor o de la desesperación, pues no podíamos comprender de dónde sacaba la fuerza para no estar nunca abatida. Nunca una indignación, nunca una queja, nunca una lágrima, nunca un suspiro.

Cuando había que combatir, combatía con nosotros, mejor que nosotros, con la misma expresión tranquila, con una indismontable inocencia, como habría realizado una tarea horrible, pero necesaria, a la que no le estaba permitido negarse. No tenía nada de amazona. La retórica más contumaz no habría podido hallar en ella ni un solo rasgo de ángel exterminador. Era mucho más sencilla y bien otramente sublime.

No creo que me sea posible olvidar el momento terrible en el que, atrapados por un remolino de la batalla, nos vimos amontonados junto a la mitad de un regimiento sajón en una calleja estrecha, sin poder utilizar las armas, sin poder hacer ni un solo gesto, y que alemanes y franceses se contemplaban cara a cara, sin poder combatir. Situación ésta de un trágico extraño y desconcertante. Yo veía de lleno a la pobre chica cuya expresión no había cambiado, que miraba maquinalmente ante ella a un grueso campesino de Turingia de barba pelirroja al que ella habría podido morder en la cara, tan cerca se encontraban, y creí ver en sus bellos ojos serenos una especie de piedad dolorosa por tantas miserias. Pero estoy hablando de algo que duró lo que dura un relámpago. Teniendo yo mismo mucho que hacer para liberarme en aquel instante, no vi la continuación y no volví a encontrar a nuestra voluntaria hasta muchos días después, en la cloaca de barro y nieve en la que patullaban sesenta mil hombres derrotados. Apoyándose con una mano en su fusil, sostenía con su brazo izquierdo a un pequeño móvil bretón que, sin su ayuda, se habría dejado pisotear. Siempre con la misma expresión de pájaro triste y dulce a quien le han cortado las alas...

Y así fue hasta el final. Cuando llegó el momento de licenciarse, volvió a ponerse tranquilamente sus ropas de mujer y se marchó a la ventura, sin habernos dicho su nombre y tras habernos saludado con dulzura.

## «A terrible night»

«A terrible night»

*A la señorita Jeanne B.  
Homenaje de la más respetuosa compasión*

La pobre anciana hubiera querido poder dormirse, como le había aconsejado su hijo, por la mañana, cuando salió para ir al combate.

¡Algo fácil de decir! Pero cuando se tienen setenta años bien cumplidos, cuando el corazón estalla de desdicha y cuando la angustia te roe en un lecho de paralítica, se necesitaría una bendición singular de Dios para alcanzar un poco de paz.

Y vaya si habían combatido; todo el día, casi a ojos vista, a dos o tres kilómetros como mucho. Durante diez horas, había oído el cañón, las descargas de fusil, los alaridos de los heridos que traían a la vecindad. Había incluso advertido a lo lejos, por encima de los viejos álamos de la carretera, una enorme nube de humo que sólo se disipó a impulsos del viento vespertino.

En el alboroto espantoso de esas horas interminables había atronado sus oídos sobre todo el cañón, el ominoso cañón que tan eficazmente mata a los hijos de las desgraciadas madres.

Nunca antes, salvo con ocasión de algún gran festejo público, lo había oído. Pero sabía muy bien qué era y desde la mañana creía que toda esa metralla penetraba en su cuerpo, en su miserable cuerpo incapaz de llevarla a socorrer a las víctimas.

Su hijo, su apuesto y robusto hijo, ese hombre aguerrido que hubiera podido permanecer a su lado, en casa, como tantos otros que se burlaban de la patria, ¿dónde estaba ahora?

Sus quehaceres le eximían de cualquier servicio militar. Pero cuando supo, el valiente, que los prusianos llegaban en masa para arrasarse su tierra y cuando vio que las tropas francesas se aprestaban para la batalla, nada pudo detenerlo; ni siquiera una anciana madre clavada en el lecho hubiera logrado apartarlo de su deber. A ella le recordaba demasiado a su padre, un valeroso soldado del Primer Imperio.

Descolgó su escopeta de caza y fue a presentarse como voluntario. Pero, con todo, era muy penoso no verlo regresar, no tener la más mínima noticia y asistir al inicio de una gélida madrugada que iba a encarnizarse con crueldad extrema con los pobres heridos, caídos por esos andurriales, a los que ningún cristiano prestaría socorro.

—¡Por los clavos de Cristo! Virgen del llanto eterno, ¿podría ser que mi hijo se contara entre ellos?

La desdichada anciana sollozaba en las tinieblas.

También ella era una desamparada. La muchachita que la cuidaba de ordinario no había aparecido desde el mediodía y éste era otro factor añadido de angustia.

Seguramente, le habría ocurrido alguna desgracia. Intrépida y valerosa como era, debió de querer ayudar a alguna víctima y debió de recibir un tiro, pues, como es bien sabido, los alemanes no se recatan en disparar a mujeres.

La mujer permaneció sola toda la noche, sin una alma que se compadeciera de ella. Desde hacía horas el hogar se había apagado por completo. Un negro frío entraba por doquier y todo era necesidad.

Los vecinos parecían haber muerto. Ni una luz, ni un movimiento humano en el pueblo. Un silencio sepulcral en la oscuridad...

Trató de convencerse a sí misma, de persuadirse de que su André no podía estar muerto, ni tampoco herido, y que todos los males eran fruto sólo de su imaginación, pero no lo

lograba. La inquietud, los presentimientos fúnebres persistían aprovechándose de su postración. La angustia se hizo espantosa.

¡Ah, si sus lastimosas piernas, inertes desde hacía dos años, pudieran mantenerla todavía en pie, tan sólo por una hora, cómo se hubiera echado gustosa a la calle para buscar a su hijo, a su muchacho querido, que ella, esa misma mañana, había tan piadosamente bendecido, cuando se vio obligado a partir!

Si sufriera algún daño ella sabría dar con él, con su niño querido. Recobraría toda su fuerza de antaño para llevarlo en brazos, como cuando tenía veinte meses y balbuceaba las primeras palabras.

Nunca en la vida le había dado ni un disgusto. Era una persona amable que vivía en paz con todos. Sin embargo, la vida lo había tratado mal. Traicionado y abandonado por su mujer, que huyó después de algunos meses de matrimonio, él no se abandonó a sí mismo. Tuvo fuerzas bastantes para preservar su noble corazón, consagrándose a su madre y viviendo, con gran sencillez, de sus modestas labores sin ningún deseo de hacer mal a nadie.

Pero ahora, Dios mío, si podía moverse, ¿por qué no regresaba?

Agotada por el hambre y la aflicción, había caído en ese aletargamiento lúcido y cruel de las personas muy mayores que aspiran a morir de dolor. Su cabeza, visible cual una mancha pálida en medio de las tinieblas, oscilaba con regularidad, sacudida por un hipido que se parecía al de la agonía.

Una viva claridad le hizo abrir los ojos. Era uno de esos cohetes luminosos multicolores que empleaban los prusianos tan a menudo para transmitir, en plena noche, determinadas órdenes a los diferentes cuerpos bajo el mando de un mismo general.

A este cohete siguieron naturalmente otros muchos y, durante algunos minutos, la turbada moribunda, cuyo cerebro comenzaba a desbarrar, pudo creerse en una de esas fiestas imperiales de tiempos pasados que habían dejado honda impresión en su imaginación de mujer sencilla. Los fuegos artificiales iban sin duda a sonar, no se harían esperar.

Es conocido el aguzado ingenio de las señales luminosas utilizadas por el ejército alemán. Los cohetes no bastaban. El enemigo se servía también de puntos luminosos aplicados en virtud de un sistema sumamente simple. Por medio de pantallas que ora impedían el paso de la luz ora la dejaban atravesar, producía eclipses más o menos prolongados. El primer obturador, por ejemplo, ocultaba una lente blanca y el segundo una lente roja. Los colores proyectados y la duración de la emisión eran suficientes para articular una especie de alfabeto análogo al empleado en la telegrafía eléctrica.

En circunstancias normales la comunicación se establecía mediante reflectores que aparecían y desaparecían en la lejanía, auténticos fuegos fatuos en los linderos del bosque o en las crestas de las colinas.

Recuerdo incluso que, a veces, al andar, nuestros pasos producían destellos a causa del fósforo que habían extendido adrede por la carretera.

A luz del día nos dimos cuenta de que con bastante frecuencia los centinelas se comunicaban entre sí mediante movimientos ejecutados con el fusil y de que los vigías, a pesar de estar apostados a gran distancia unos de otros, se apercebían todos, al mismo tiempo, de que se cernía un peligro inminente. En esos casos era el caballo el que *hablaba*, dando vueltas a derecha e izquierda, presentándose de frente, caracoleando o doblando el corvejón. Cada una de sus evoluciones poseía un sentido particular.

Tuvimos finalmente pruebas de que los lugareños fueron a menudo cómplices del enemigo. El molinero, por ejemplo, haciendo girar las aspas de su molino de una determinada manera; el leñador, colocando en la orilla de la carretera un número determinado de haces de leña o practicando un corte en cierto árbol, etcétera.

Pero este sistema de comunicación *abierto* presentaba inconvenientes. Se dio el caso de francotiradores avispados que lograron descifrarla, volviéndola contra sus artífices. Puedo

citar, precisamente, el caso de un molinero de Eure-et-Loir que fue obligado por la amenaza de estos *pata negra* a comunicar a los prusianos un falso aviso que les costó terriblemente caro.

Es fácil imaginar lo que tales maniobras, sobre todo en la noche, pueden imprimir de fantasía en esta guerra suficientemente atroz de suyo y el desmedido pavor que acometió a la desdichada anciana, afligida durante horas por la más amarga desolación.

—¡André! —gritó—, mi pequeñín, cariño mío, ¿eres tú? Te han herido, ¿verdad?, esos malditos. Haz un último esfuerzo, te lo ruego. Ven a encontrarte con tu infeliz madre, que no puede traerte ni ir por ti. Ven, hijo bendito, te cuidaré como pueda. Te daré todo el calor de mi cuerpo gastado...

Un nuevo lamento más desesperado, más profundo si cabe que el primero, fue la respuesta. Sin duda, el ser humano que lo profería agonizaba.

Esta madre dolorosa, que reconoció inmediatamente a su hijo, se retorció las manos, a punto de estallar de desesperación.

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿es esto posible? ¿Permitirás que mi hijo muera justo a mi lado, sin que pueda siquiera darle un último beso, mientras espero que me lleves a mí? ¡Oh!, no, ¿verdad que no? Sería pedir demasiado a tus criaturas. Espera, cariño, no te mueras aún. Tu madre irá por ti...

Y la desgraciada, tan inerte de medio cuerpo para abajo como las momias milenarias, se puso a reptar en su lecho, arrastrando la mitad de su cadáver gracias al esfuerzo sobrehumano de sus brazos.

Minutos más tarde caía cuan larga era, sobre el entarimado. Pero no le fue concedido añadir a su trecho ni la distancia de un paso de tortuga. Las larvas inclementes de las noches polares fueron los únicos testigos de esta doble agonía.

# *El salamandra vampiro*

*La Salamandre Vampire*

*A Léon Chaux*

Se cuenta que, a la muerte de Alarico, los godos lo lloraron como héroe de su nación y que, siguiendo la costumbre de los bárbaros del norte, que ocultaban cuidadosamente los sepulcros de sus hombres insignes, desviaron, para sus exequias, el curso de un riachuelo cercano a Cosenza. Excavaron en su lecho una fosa que semejaba un pozo, depositaron en él el cadáver de su cuadrillo junto con una gran cantidad de riquezas, sellaron el sepulcro y devolvieron las aguas a su curso natural. Para garantizar el secreto degollaron a los prisioneros que fueron empleados en esa labor.

El instinto de la raza ha cambiado tan poco que, quince siglos después, hemos visto entre nosotros reproducirse escenas análogas, exentas, a decir verdad, de toda grandeza, pero extrañamente indicativas de la pesada puerilidad de este pueblo alemán al que ni la estaca de sus amos ni el parloteo de sus eruditos ha podido nunca doblegar.

Los esclavos de Prusia, mecánicamente disciplinados, trajeron a Francia, en las alforjas de sus alguaciles, el más secular moho de sus orígenes.

¿Cuántas veces nos preguntamos sin poder responder cómo era posible que algunos ulanos, a todas luces muertos o heridos por nuestros tiradores y cuyos regueros de sangre seguíamos, pudieran permanecer en la cabalgadura y desaparecer sin dejar rastro?

Unos aventuraban que estaban amarrados; otros, que sus compañeros se los llevaban. Lo cierto y verdad es que estos salvajes gozaban del poder inexplicable de hurtarnos a sus muertos y heridos. Sus sillas, suponíamos, iban provistas de correas con la función de fijar al jinete; sin embargo, cuando el animal caía, el caballero al instante se veía libre. Recuerdo que a esas portentosas e intrincadas correas llegamos a denominarlas, durante un tiempo, como la *cuestión prusiana*.

Se ha dicho que quemaban a sus muertos. Nunca vi tal cosa y dudo mucho de que en ningún momento de la contienda esas odiosas bestias que quemaban tan cabalmente a nuestros heridos y ancianos tuvieran la oportunidad o el medio de consagrarse, en carne propia, a prácticas tan teutónicas.

Pero, a menudo, cuando no podían trasladar a sus difuntos, los enterraban, bien es verdad, como a Alarico, con todo el secreto imaginable y con todo el misterio que daban de sí semejantes cerebros. Los escondían, por ejemplo, entre dos manzanos, donde se excavaba un hueco en la esperanza con frecuencia burlada de hallar, tiempo después, sus preciadas carroñas.

Los perros vagabundos sabían seguir su rastro a las mil maravillas y devorarlos, tras escarbar la tierra de sus poco profundas fosas.

Había entre los nuestros un hombre medio quemado al que habíamos bautizado con el sobrenombre irónico de el Salamandra.

No creo que me sea dado ver nunca un semblante tan espeluznante. Antes de encontrarlo ignoraba que la fisonomía de un ser vivo pudiera expresar tanto odio, tanta desesperación y distinguirse hasta tal punto de los rostros heridos de los que cayeron “en la parte más profunda del lago”.

Se contaba casi en susurros la historia de este infeliz, cuya única salida fue enrolarse en el primer cuerpo de francotiradores con el que se topó, después de haber asistido a la

violación y muerte de su mujer y su hija por una cincuentena de granujas alemanes instalados en su granja de Morsbronn, la misma tarde de la desoladora batalla de Froeschwiller.

A causa de un refinamiento muy propio de los prusianos, y que Bismarck hubiera aplaudido, lo habían amarrado a la pata de la cama, como castigo por el enorme crimen de haber faltado al respeto a uno de esos bellacos. ¡Y había podido vivir con eso en el corazón...!

Doce días más tarde, en Saint-Privat, combatió durante varias horas como un descosido y debió de aportar su granito de arena al inmenso grito de dolor que se elevaba desde el fondo de Alemania, cuando vio correr el interminable reguero de sangre de sus caídos.

Alcanzado por una bala en los instantes previos al final de esa terrible jornada, lanzado al vuelo en la iglesia en la que se amontonaban los heridos franceses, fue su sino sobrevivir milagrosamente a la inaudita catástrofe que los historiadores militares han tenido miedo de contar y por la que un pueblo entero deberá responder el día en que venga la divina Justicia.

La precipitada retirada del mariscal, que prohibió a las ambulancias la evacuación, dejó a trescientos o cuatrocientos infelices a merced de la clemencia del vencedor, y aquéllos fueron condenados a ser *quemados vivos* por el repulsivo cretino y bastardo Steinmetz, que deseaba vengarse en ellos y, por adelantado, del real puntapié que infaliblemente le debía traer el estúpido desperdicio de sus propias tropas.

No sé si es más fácil representar o describir un horror semejante. Nuestro Salamandra, que reunía en sí a la víctima y al testigo al escapar por los pelos del horrible suplicio, interrumpía en ocasiones el hosco silencio de fraile en el que encerraba su alma para decir alguna cosa.

Pronunciaba entonces algunas palabras sumarias que ponían los pelos de punta, pero los estigmas que adornaban su cuerpo eran más elocuentes que su mismo silencio.

Había podido salvar los ojos, pero no los párpados, semejantes a dos clavos de metal oscuro hundidos en dos tumores sanguinolentos; la nariz, los ojos, las orejas habían desaparecido y las tres cuartas partes del rostro estaban ennegrecidas, carbonizadas, como si una antorcha de lava ardiente hubiera pasado por él.

Hubo que amputarle tres dedos de la mano izquierda y su claudicación perpetua, dificultada por tics extraños, hacía pensar que el resto de su persona debió de haber sufrido en carne propia la cruel familiaridad de las brasas.

–Me asaron en la grasa de unos pobres diablos, –decía.

Pues el fuego había acabado por prender en esta masa de cuerpos humanos sobre la que caían maderos incandescentes...

¿La pavorosa llama fue avivada, como en Bazeilles, por algunos chorros de petróleo? Sólo Dios lo sabe. Sin embargo, los alemanes conocían esta costumbre y constituía el que estos regimientos de Baden o de Baviera fueran provistos de bidones y de teas de petróleo para prender fuego a casas y construcciones para sus ejércitos un oprobio indecible, una infamia nunca vista desde el Bajo Imperio.

Lección útil que no resultó de provecho para los festivos federados de 1871.

Sea como fuere, la infausta localidad de Saint-Privat fue saqueada sin demasiadas dificultades, durante toda la noche, a la luz del blanco resplandor de ese espantoso foco de dolor.

El Salamandra, apodado así porque pudo sustraerse a una agonía cuyo horror deja en mantillas a la imaginación, logró refugiarse en una especie de bodega en la que fue perseguido por el infierno bajo la forma atroz de líquidos hirvientes –aceite mineral

o alquitrán humano, no se sabe– y en estas tinieblas del Hades, modeló su fantasmal rostro.

Por más lisiaduras que sufrió, no pasaron ni cuatro meses cuando este hombre, al que la muerte no quería ni regalado, se encontraba entre nosotros en calidad de voluntario. Valía, a



fe mía, tanto como el mejor, sobre todo en las incursiones nocturnas, pues la aparición de su rostro demoniaco infundía a menudo un gran terror.

La única mano que le quedaba valía, creo, por varias y parecía multiplicarse. Impedido para realizar algunas maniobras con el fusil era, sin embargo, el primero de todos en morder y en golpear.

Entonces, su macabra faz se desplegabá en una suerte de risa que no era contagiosa del todo, respondo de ello, y gritaba histéricamente de voluptuosidad, como un enamorado.

Cuando acababa el combate su alegría cesaba y nada, absolutamente nada, podría dar una idea de la tristeza del desdichado, al que se oía llorar sordamente toda la santa noche. Surgía de él, como una flor negra, una sombría y tuberosa melancolía que nos sofocaba...

Muy bondadoso, siempre que no viera a los prusianos, espectro honrado y soldado excelente, ajeno a las murmuraciones, se aceptaba tanto por misericordia como por miedo a la opresión moral y física que causaba su temible presencia. De hecho, nadie lo molestaba y pasaba las horas muertas, inmóvil, sentado en el suelo, con la frente inclinada sobre las rodillas pegadas y con la cabeza hundida en el hueco de sus brazos.

Uno de sus compatriotas explicaba que había sido un muy valiente burgués, labrador, amante de su mujer y su hija como un bonzo fanático adora a sus ídolos, y que habiéndose convertido en un fantasma, conversaba amigablemente con sus fantasmas.

Me pregunté con frecuencia en qué podía consistir la vida, la patria, el mismo Dios, para una miseria tan profunda...

No supimos sino hasta muy tarde y en el último instante cuán espectral era, cuando descubrimos que nuestro Salamandra era, apasionadamente, un profanador de sepulturas.

Sin otro alimento, en los últimos meses, que su odio por los alemanes, nada era capaz de saciar esta pasión única, ni siquiera el que murieran, hecho que prodigó cuanto pudo, y que en determinadas circunstancias, sabía hacerla saborear con parsimonia. ¡Su muerte! ¡Ah, sí! ¡Apenas le bastaba!

Hubiera querido poder dañarlos en su parte *imprecedera*, en lo que por convención llamamos su alma inmortal, siempre, claro está, que se nos permita presumir que semejantes bestias tienen alma.

Carente del poder sobrenatural de evocar ante su corazón de verdugo los fluidos espíritus de los difuntos, se encarnizaba con los cadáveres, horriblemente persuadido de que el *Requiescant in pace* no era una fórmula vana y que cabía, de algún modo, afligir a los muertos profanando sus sepulturas.

En cualquier caso no faltaban oportunidades para intensificar el duelo de sus deudos.

Algunos de los testimonios recogidos tras la destrucción del vampiro, y los pormenores que podían adivinarse, bastaban para trastornar el entendimiento.

Se halló en él un puñado de papeles robados a los cadáveres y cartas escritas de su puño y letra que hubieran podido datarse en el infierno. Tales cartas, redactadas en el estilo moderno de las *esquelas mortuorias* y que fueron quemadas entre temblores, informaban a las madres, a las viudas, a los hijos, amigos o novias de Alemania, de ciertos sacrílegos actos realizados en la oscuridad en los lamentables cuerpos, convenientemente exhumados, de sus difuntos, con el discernimiento diabólico de un aparecido.

Naturalmente, conocía la tradición gótica de las inhumaciones misteriosas de las que he hablado y su olfato era el de un chacal para desvalijar tesoros de esa clase.

Murió con su pecado, al inicio del Armisticio, al carecer de objeto su existencia.

“¿Para qué vivir?”, se decía a sí mismo.

He aquí el meollo, como nos ha sido posible reconstruirlo por vía de inducción o deducción.

En un muy feroz combate librado en las inmediaciones de la desgraciada localidad de Bellême, en el Departamento de l’Orne, los prusianos, tras haber visto morir a uno de sus

oficiales más jóvenes, muy querido por ellos, según parecía, intentaron enterrarlo clandestinamente, según su costumbre, en un comedero de madera, un *comedero de cerdos* que encontraron en el corral de un campesino.

Lo pusieron en ese extraño féretro, con el sable a un lado, tendiendo cerca de él, a ras de suelo –como un guardia de corps para la eternidad–, a un soldado raso muerto ese mismo día. El suelo había sido cuidadosamente apisonado sobre la doble tumba y el emplazamiento marcado con una enorme precisión.

Dos meses después, al día siguiente de la firma del Armisticio, tres alemanes fueron a visitar, antes del amanecer, el fúnebre lugar y encontraron, al lado de la fosa abierta, que despedía un hedor insoportable, al Salamandra agachado sobre los dos cadáveres a los que en la putrefacción, burlescamente, mutilaba...

Teterrima facies doemonum!... La aparición de este horripilante rostro en semejantes circunstancias, en semejante hora y en semejante lugar debió de ser terrible para esos bárbaros, hasta el punto de que el médico certificó que uno de los alemanes murió repentinamente a causa de un aneurisma. En cuanto a los otros, vertieron valerosamente toda la sangre que corría por sus venas y sus cuerpos reventados a base de golpes fueron separados con enorme dificultad del cadáver amoratado del Salamandra Vampiro.